

Con cierto tipo de lenguaje, la raza semítica, lo mismo que la aria, parece que tuvieron al principio cierto tipo de religión. La idea capital de esta religión era la superioridad de un señor común en el cielo y en la tierra. Todo esto fue muy vago y confuso hasta el siglo IX antes de Jesucristo, pero estuvo germinando desde el principio y dependió principalmente, como hemos dicho, del género de vida nómada que da a todas las razas indistintamente una profunda marca. Un hecho decisivo fue, por ejemplo, la poca afición de los nómadas a las imágenes pintadas o esculpidas. Una nación que contempla representaciones figuradas llega a ser casi siempre idólatra. La prohibición que dictaron sobre esto los legisladores hebreos, puede decirse que la encontraron los nómadas en las mismas leyes de su existencia. La vida nómada excluye el

aparato necesario a un culto idolátrico. Es preciso que el panteón pueda trasladarse con el aduar. Insignificantes *terafim*, arca portátil en que se encierran los objetos sagrados, es todo lo que permiten las costumbres del beduino.

Lo que le falta al semita, más aún que la afición a las artes plásticas, es la mitología. La mitología es, como la pintura y la escultura, madre del politeísmo. El principio de la mitología es la vida prestada a las palabras. Y las lenguas semíticas no son válidas para esa especie de personificaciones. Una característica de los pueblos que las hablan es la falta de fecundidad en la imaginación y en el lenguaje. Cada palabra, para el ario primitivo, estaba preñada (si así puede decirse) de un mito en potencia.

El sujeto de frases como éstas: «La muerte le ha herido, una enfermedad le ha arrebatado, el trueno ruge», etcétera, significaba para ellos un ser que ejecutaba en realidad la acción expresada por el verbo.

En cambio para el semita, todos los hechos cuya causa es desconocida, tienen la misma causa. Todos los fenómenos, especialmente los meteorológicos que preocupaban tanto a los pueblos primitivos, se atribuían al mismo ser. Si se trataba de la vida, el mismo soplo lo animaba todo. El trueno era la voz de Dios; el relámpago, su luz; la nube tempestuosa, su velo; el granizo, los proyectiles de su ira. La lluvia en todas las mitologías primitivas de la raza indoeuropea, está representada como el fruto de los abrazos del cielo y de la tierra. En el poema de Job, expresión de una teología viejísima, Dios abre los odres del cielo y engendra las gotas de rocío. La aurora en las mitologías arias es objeto de numerosos mitos, donde representa el papel de un personaje y toma varios nombres. Es la hija de la Noche; la abrasa el Sol; engendra a Titonos (el día); ama a Kéfalos (cabeza grande) el Sol; su rival es Procris (el rocío); huye del Sol, que la destruye al estrecharla. En cambio, en el libro de Job, Dios manda a la mañana, levanta o sella las estrellas, y señala a la luz y a las tinieblas sus respectivos límites.

Casi todas las raíces de las lenguas arias encerraban un dios oculto, mientras las raíces semíticas son secas, inorgánicas, impropias totalmente para dar origen a una mitología.

Para las lenguas semíticas es imposible expresar los mismos conceptos mitológicos y épicos de los pueblos arios. No podemos imaginarnos lo que resultarían Homero y Hesiodo traducidos al hebreo. Entre los semitas, no sólo la expresión, sino hasta el pensamiento, es profundamente monoteísta. Las mitologías extranjeras son convertidas en manos de los semitas en relatos puramente históricos. El evhemerismo es su único sistema de interpretación, según vemos en Beroso, en Sanconiaton, y en todos los escritores que nos han dejado detalles sobre los mitos sirios y babilónicos, en los historiadores y polígrafos árabes y en las primeras páginas del mismo Génesis. Este especial sistema parte de las leyes más profundas de la constitución de su espíritu. Ciertamente, el evhemerismo es necesariamente monoteísta en sus juicios sobre las religiones mitológicas. Como no entiende nada de la divinización primitiva de las fuerzas de la naturaleza, que fue el origen de toda mitología, sólo

tiene una manera de dar sentido a las grandes construcciones del genio antiguo, viendo en ellas una historia embellecida y hombres divinizados.

Esta filosofía infantil contiene sólo un error: exagerar mucho la noción de la intervención de las fuerzas superiores en las acciones humanas. La raza semítica nómada fue la raza religiosa por excelencia, porque fue la menos supersticiosa de todas las humanas, la menos engañada por el sueño de un más allá, por la fantasmagoría de una sombra que sobrevive en lugares subterráneos. No aceptó los sacrificios humanos, que abundaban entre los semitas de las ciudades al igual que entre los arios. Dejó en segundo plano los amuletos y los ídolos; suprimió las quimeras de la supervivencia completa después de la muerte, quimeras homicidas entonces, ya que quitaban al hombre la verdadera noción de la muerte y le incitaban a multiplicar los asesinatos. Desde esa antiquísima época el pastor semita parece llevar en la frente el sello del Dios absoluto que dice: «Esta raza librará de la superstición a la tierra.»

La sencillez del culto de aquellos pastores antiguos nunca ha sido igualada. Como imágenes materiales el semita nómada no conocía apenas más que los *nesbo* o *masseba*, cipos clavados en el suelo, que honraba vertiendo aceite en el coronamiento. Estos cipos cubrían toda la antigua Arabia, sobre todo la región de la Meca, antes de Mahoma, y se consideraban dioses. Cuando la tribu se alejaba, esos ídolos de piedra permanecían allí venerados por quienes vinieran detrás.

El sacrificio es el error más antiguo, el más grave y más difícil de desprender entre cuantos nos ha dejado el estado de locura atravesado por la humanidad en las primeras edades. El hombre primitivo (sin distinción de raza) creyó que para calmar las fuerzas desconocidas que le rodeaban debía captarse sus simpatías como las de los demás hombres, dándoles algo. Esto era lógico, pues los dioses de quienes se trataba eran malos e interesados. A hombres de moralidad muy vulgar y poco inteligentes no podía ocurrírseles que se agraviaba a los dioses intentando sobornarles, como si fuesen jueces prevaricadores. Si a un hombre le devoraba un cáncer, se creía que era un dios quien le comía la carne, y lo más natural para librar a la víctima del ser maléfico, era ofrecer a ése carne de buena calidad. El objeto ofrecido en sacrificio era siempre el que el hombre había preferido. La *soma* entre los indios es siempre bebida exquisita. El animal sacrificado en el altar es siempre excelente, sin mancha. Las partes que se queman son las más apreciadas.

Este absurdo chocante, que debió ser barrido por la primera aparición del buen sentido religioso, llegó a ser un acto de sujeción, una especie de pleito homenaje tributado por el hombre a Dios. La religión patriarcal no pudo deshacerse de él. Los primeros que protestaron contra esta aberración fueron los profetas del siglo VIII antes de J.C., y no pudieron tampoco suprimirla.

En la mayoría de los casos el sacrificio se celebraba antes de una comida a la cual se quería dar una solemnidad especial. Se comía en familia o con los huéspedes el animal ofrecido a la Divinidad, o por lo menos

lo que quedaba una vez quemadas las partes más escogidas. Lo mismo ocurría en la época homérica y generalmente en la más remota antigüedad. Comer en compañía era un acto sacramental. Los pactos y las alianzas se celebraban acompañadas de sacrificios solemnes, en los cuales se cortaban los animales en dos pedazos, que se colocaban uno frente a otro; los contratantes pasaban por en medio.

En casos especiales se creía que un fuego misterioso, análogo a la aceptación de la divinidad, circulaba entre los animales destrozados.

La tribu no tenía sacerdotes y sacrificadores de profesión. El patriarca sacrificaba por sí, por sus hijos y por toda la tribu. Se preparaba para el sacrificio con el estado de santidad (*qods*) o de la purificación, consecuencia de ciertos cuidados de limpieza exterior, y de ciertas abstinencias, particularmente no acercándose a las mujeres. La limpieza en los cultos primitivos era una condición para acercarse a Dios. Uno de los primeros deberes de los legisladores era evitar a la gente costumbres groseras. La gente que se respetaba se abstenía probablemente de beber o comer sangre. En los días santos, no se comía pan con levadura. La fermentación y las mezclas eran cosa impura.

El nómada tenía pocas fiestas. La fiesta (*hag*) presupone un centro religioso fijo. La idea de *hag* está estrechamente unida con la de peregrinación, panegiria, paseos procesionales alrededor de un santuario y danzas en corro. Aquella palabra, común a todas las lenguas semíticas, se remonta seguramente a la época antigua en que los antepasados comunes de los hebreos, de los árabes y de los arameos, vivían reunidos en un distrito de poca extensión.

Además de la palabra *hag*, todos los pueblos semíticos usan la palabra *som* o *sum*, que significa el ayuno, el hecho de presentarse a la divinidad (que todo lo ve) de manera humilde y en traje de luto. Se suponía en los *élohim* una especie de envidia de la dicha del hombre, y se les calmaba y se daba una expresión de satisfacción a su némesis, mostrando arrepentimiento voluntariamente. El traje de los afligidos (*saq*) y la cabeza afeitada o cubierta de ceniza acompañaban siempre al ayuno. La oración del hombre vestido con el *saq* se creía muy eficaz, porque *Élohim* había de apiadarse de un ser en tan triste estado y que no podía inspirarle recelo alguno. Sobre todo en las calamidades públicas eran obligatorios el *saq* y el *som*. La institución del mes de ayuno entre los árabes es muy anterior al islamismo. El *som* era también una práctica mono-teísta. Se solía ayunar solamente por un Dios supremo, en un rito general. El dios particular no veía ningún signo de que el homenaje se dirigiese a él en lugar de a otro cualquiera.

El ciclo más antiguo de las fiestas semíticas estaba relacionado con la agricultura, e incluso los nómadas lo celebraban. Quizás el *paskh* o fiesta de primavera, caracterizada por el uso de los ázimos, empezaba a surgir. El esquila de las ovejas, en tiempo de David, era muy parecido a una fiesta. La vendimia se celebraba con danzas. La costumbre de tocar la trompeta en los novilunios y de poner centinelas para observar la primera aparición de la *luz*, uso muy útil a un pueblo ajeno a la astronomía

científica, ya podía existir entonces. De todos modos, la aparición de la luna nueva traía consigo sacrificios y festines. Al sábado no le daban importancia los nómadas, cuyo trabajo es esencialmente intermitente y puede suponerse que los antiguos semitas no lo observaban, aunque viesen implantada en Asiria la sana costumbre del descanso semanal.

Algunos otros ritos comunes a todas las religiones semíticas parecen demostrar la unidad de estas religiones y su origen patriarcal. Tales son la *Sakaea* de los fenicios y babilonios, fiestas celebradas anualmente debajo de las tiendas y que recuerdan la fiesta de las Tiendas de los hebreos. El *Levítico* dice que esta fiesta es un recuerdo de la vida de los hebreos en el desierto. Se ha discutido esta explicación por la sencilla razón de que unas chozas de follaje resultan un recuerdo muy inexacto de la permanencia en la estéril Arabia Pétreá. Pero en una época muy anterior a la redacción del *Levítico*, en el libro de Oseas, aparece el mismo relato, y se habla de tiendas y no de chozas de ramaje. Debemos considerar, pues, esa fiesta de las Tiendas como un recuerdo de la vida primitiva común a todos los pueblos semíticos, conservada hasta entre los que más se habían separado.

El *nabio* inspirado de Dios (brujo, adivino, profeta) no cabía en una sociedad donde el padre de familia disponía de un poder absoluto. Seguramente el patriarca no había dejado al *nabi* (como se lo impidió al *cohen*) adquirir importancia y equilibrar su autoridad. El profetismo parece que no se desarrolló más que en las tribus ya establecidas. La creencia en los sueños reveladores era universal. El don de explicarlos era también una revelación. El hombre protegido por un Dios actuaba siempre inspirado por este espíritu familiar que solía manifestársele en sueños. Ciertos árboles, como el terebinto, pasaban por fatídicos porque estaban muy arraigados en la tierra y parecían viejos.

Una especie de deísmo sin metafísica es lo que los padres del judaísmo y del islamismo inauguraban en aquella época remota de manera justa y segura. Aquel Dios, formado por la fusión de dioses sin nombre, será más adelante el Dios absoluto que quiere el bien y aborrece el mal, el Dios a quien se sirve con la honradez del corazón. La aparición del espíritu científico desde el siglo XVIII ha transformado mucho la relación entre las cosas. Lo que era una ventaja ha pasado a ser un inconveniente. El espíritu semítico ha aparecido como hostil a la ciencia experimental y a la investigación de las causas mecánicas del mundo. Más próxima aparentemente que el paganismo al concepto racional del universo, la teología del semita nómada, llevada a espíritus escolásticos, ha resultado en realidad peor para la ciencia positiva, que el mismo politeísmo.

El paganismo persiguió a la ciencia con menos dureza que las religiones monoteístas procedentes de los semitas. El islamismo ha matado a la filosofía positiva que aspiraba a nacer en alguno de los pueblos que aquél había sometido. La teología cristiana, con su Biblia ha sido, desde el siglo XVI, el peor enemigo de la ciencia. Nada más peligroso, en cierto sentido, que el absurdo a medias, porque la humanidad es mediocre; vomita el virus demasiado fuerte, pero va conviviendo con una dosis de

tontería que no es bastante para matarla. Todo entre los hombres es cuestión de tiempo y de edad. El islamismo resulta un progreso para el negro que lo adopta. Elifaz de Téman, aunque tenía del universo ideas contrarias a la verdad, era muy superior, en su siglo, al supersticioso galo, al italiota tal como nos le revelan las tablas Eugubinas y el canto de los hermanos Arvales. Y, sin embargo, la ciencia positiva de la naturaleza surge más fácilmente del genio galo y del italiano que del tematita. Un aldeano bretón es más ingenuamente pagano que un musulmán, y no obstante, la enseñanza primaria en la escuela hace comprender perfectamente el naturalismo positivista a la mente del bretón, mientras el musulmán no acepta tal enseñanza, y la rechaza horrorizado.

Y, sin embargo, aquellos patriarcas antiguos de los desiertos de Siria fueron sin lugar a dudas para la humanidad columnas angulares. Son los trismegistos de la historia religiosa. De ellos proceden el judaísmo, el cristianismo y el islamismo. Lo esencial, igual para un pueblo que para un individuo, es tener un ideal detrás de ellos. Las ramas de la familia semítica que habían atravesado la vida nómada la recordaban una vez dejada, y la consideraban un ideal. Los descendientes de aquellos puritanos del desierto no podían olvidar el paraíso donde habían habitado sus padres. Siempre le asedian a uno sus orígenes. El encanto de la vida patriarcal ejerció una seducción invencible sobre la imaginación de los siglos siguientes¹. Aquella existencia les pareció noble y pura, más pura de lo que en realidad fue. Los espíritus apasionados quisieron sin cesar volver a ella. La marcha hacia el monoteísmo, que es el *circulus* total de la vida de aquellos pueblos, es en el fondo una vuelta a sus primeras intuiciones. En adelante la tendencia de los pueblos semíticos con más espíritu de su raza será rejuvenecer las visiones de aquel pasado lejano.

La rama semita cuya historia estudiamos se verá atormentada, siglo tras siglo, por la necesidad de formar de nuevo aquel estado patriarcal profundamente alterado por la superstición, las complicaciones sociales y la violencia de los ricos. El autor del libro de Job concibe la perfección de la religión en las prácticas del desierto. Los rekabitas alardeaban de continuadores de la antigua vida, y por ello se les apreciaba mucho. El cisma de las tribus del Norte, después de Salomón, se produjo por la repugnancia que sentían a seguir un camino distinto del de los antepasados. Veremos fundamentar a la escuela de Elías y Eliseo todo el movimiento de los siglos siguientes en una reacción hacia lo pasado. Los grandes profetas, representantes puros del espíritu de la raza, no harán otra cosa. La *Thora* mosaica, en sus diferentes edades, será un regreso utópico al ideal patriarcal, a una sociedad sin ricos ni pobres, sin reyes ni súbditos, es decir, al antiguo sistema de la tribu fundado únicamente en la familia y en la asociación de las familias congéneres. Realmente el nómada primitivo estaba más adelantado en religión que David y Omri;

1. Un día estando yo en Siria llegamos a un campo de beduinos. Los árabes que me escoltaban, y que no habían sido nunca nómadas, sintiéronse poseídos de un verdadero acceso de entusiasmo y saludaron a estos vagabundos como a hermanos más nobles. (N. del t.)

pues no conocía al cruel Jehová. Los sacrificios humanos, gratos a todo dios nacional, no existían en su tiempo, o por lo menos no tenían el carácter de exterminio.

A veces el ideal de un pueblo es un objeto *a priori*, una quimera que el pueblo crea para incitar su alcance. Para los pueblos salidos de la tienda patriarcal, el ideal se quedaba atrás. Aquel ideal lo veían continuado a su alrededor por las tribus que seguían siendo nómadas. Deleitándose con los relatos de la vida patriarcal más antiguos, no creaban un mito; evocaban un recuerdo. Este recuerdo de una pureza y una felicidad perdidas producía una constante tentación: la de volver a un estado cuya perfección se exageraba seguramente, pero que había dejado en el carácter de la nación muy profunda huella.